AÑO IV. 1.° DE OCTUBRE DE 1872. NÚM. 19.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.° y 15 de cada mes.

SECCION DOCTRINAL

Á «EL ANTÍDOTO» DE CORDOBA.

(CONTINUACION). (1)

Nuestro impugnador continúa sus *evidentes* pruebas en contra del Espiritismo, citando algunas manifestaciones espiritistas, que copia de un periódico y dos obras francesas. Si con esta clase de pruebas se debiera juzgar de la bondad de las doctrinas de cualquier escuela filosófica, nosotros hubiéramos dado principio á la refutacion de los artículos de *El Antídoto* citando párrafos de obras y periódicos semejantes á estos: «El neo-catolicismo es, hermanos mios, una secta poderosa, sábiamente organizada y hábilmente dirigida, que en todas partes, desde el hogar doméstico hasta el centro mismo del catolicismo, hace sentir su maléfica influencia. Enemigo de la luz, porque teme que su deformidad se descubra, amontona y condensa sobre la mente humana las sombras letales de la supersticion y la ignorancia, y allí donde aparece un ingenio, allí vá él con el soborno y el tormento para apropiárselo ó exterminarlo. Enemigo de la equidad, donde quiera que hay un vicio político como el absolutismo, ó un crímen social como la esclavitud, allí vá él con sus potentes medios de accion para sostenerlos, porque es su Dios la tiranía y su alimento el privilegio. Y donde quiera que algo noble y generoso surge, donde quiera que algun invento aparece, donde quiera que alguna reforma se pro-

(1) Véase el número 18.

yecta, allí acude el neo-catolicismo con la maldicion en los lábios, la ira en el pecho y la maza destructora en la mano, porque no parece sino que quisiera vivir él solo, convirtiendo al mundo en un inmenso cementerio.» (1)

«Tratándose de un hecho de sentido comun, somos libres, después del Concilio como antes de él, de rechazar la infalibilidad del Papa como una doctrina desconocida á la antigüedad eclesiástica, y cuyo fundamento solo estriba en documentos apócrifos que la crítica ha condenado sin apelacion:

«Tenemos la libertad de decir en voz muy alta, y lealmente, que no aceptamos las últimas encíclicas y el *Syllabus*, cuyos mas inteligentes defensores se ven obligados á interpretar en oposicion con su sentido natural y con el pensamiento conocido de su autor, y cuyo resultado, si se tomasen en sério estos documentos, seria demostrar que existe una incompatibilidad radical entre los deberes de un católico fiel y los de un sábio imparcial y de un ciudadano libre.»

. . . .

«¿Por qué se ha encerrado en la oscuridad de las lenguas muertas y bajo el sello de las mas severas prohibiciones, el libro sagrado, abierto sobre el mundo para iluminarlo y fecundizarlo? El pan de doctrina y de vida que Dios habia preparado lo mismo para los humildes que para los sábios, ¿por qué se les ha privado de él? En vano se pretestan los abusos de heregía é incredulidad.»

. . . .

. . . . «¿Por qué esta piedad tan verdadera se ha entregado con tanta frecuencia á las seducciones de un misticismo sin profundidad, y de un ascetismo sin austeridad, bien diferentes de los que han constituido la grandeza de los antiguos siglos cristianos? Las prácticas esteriores, materiales iba á decir, se multiplican sin cesar: el culto de los santos, el de la Vírgen sobre todo, se desarrolla en grandes proporciones, y además con un carácter estraño al verdadero sentimiento católico, y en tanto vemos disminuir entre nosotros la adoracion del Padre en espíritu y en verdad, de quien Jesus hizo el alma de su religion.» (2)

---

(1) «Otra carta» á los P. españoles.—A. Aguayo. pág. 5.

(2) P. Jacinto.—«Alocucion á los obispos católicos.» 1870.

La Atalaya, periódico católico-apostólico-*romano*, que en 1814 se publicaba en Madrid, decia, dirigiéndose á Fernando VII: «¿Es posible, señor, que los liberales y los afrancesados permanezcan aun entre nosotros? ¿Por qué no se han hecho ya erigir en cada poblacion centenares de cadalsos y de hogueras para exterminar estos impíos?» (1)

¿Puede verse mas ira, rencor y ferocidad que encierran estas frases? El fanatismo convierte á los hombres en fieras.

Tambien hubiéramos citado algunas ideas vertidas por el obispo Strossmayer, por el canónigo X. Mouls, por el abate C. Opsomer, por los reverendos padres C. Voisey, E. Michaud, etc., y ya veis, apreciable contradictor, cuánta ventaja os hubiéramos llevado teniendo en cuenta que vuestras citas son de refractarios y enemigos del Espiritismo, y las nuestras de los mismísimos apóstoles del Romanismo. No son aserciones de periódicos y obras lo que se necesita para afirmar ó rechazar una doctrina, sino demostraciones razonadas, pruebas indestructibles, argumentos incontestables.

Mas, sin embargo de estas consideraciones, discurramos un instante sobre los asertos de *La Correspondance*, *Des Raports de l'homme avec le Demon*, y del *Traite du Magnetisme*, de Olivier, que en su quinto artículo reproduce nuestro impugnador.

«*La Biblia es un tegido de imposturas:*» Esta idea puede tomarse en dos sentidos; si el absoluto que representa, bien pudo ser emanada del espíritu del Papa Leon X, que llamaba *novela* al Evangelio: si en el figurado, queriendo significar que la Biblia, *segun la interpreta el Romanismo*, es un tegido de imposturas, no puede ser mas exacto el concepto, y debe proceder de un espíritu amante de la verdad. De cualquier modo que sea, no es una manifestacion del *demonio*.

«*Todas las religiones son falsas.*» Esta idea se encuentra en idéntico caso que la anterior, y bien pudo ser emitida por el mismo Leon X, que, siendo *materialista*, no creia en religion alguna, ó por un espíritu ilustrado que se refiriese á las trescientas sectas en que se dividen las opiniones religiosas del mundo, y que apartándose todas de la enseñanza evangélica, ninguna es verdadera.

(1) Dic. de la Conv. y la lectura, tom. 1.° pág. 53 y 54.

«Que *los hombres deben proceder á una particion igual de las propiedades*, es una bella idea de justicia y derechos *naturales* que se realizará en nuestro mundo cuando llegada la humanidad á la mayor perfeccion posible, se haya desterrado la ambicion, el orgullo y el egoismo del corazon de los hombres, y solo reinen en ellos los sentimientos de igualdad, fraternidad y amor, considerándose todos como miembros de una sola familia. Si esta idea la crée el articulista emanada del *demonio*, ese sér es la mas elevada perfeccion.

Que *el cielo es una cosa imaginaria*; que *la muerte es nada;* que *los malos no serán separados de los buenos;* que *el alma entra en la inmensidad;* que *el infierno verdadero es la tierra*, etc., son ideas que encarnadas en toda inteligencia razonable, solo son rechazadas por el neo-catolicismo y sus fanáticos sectarios. ¿Quiere acaso el ilustrado articulista que aun se alimenten las ilógicas, absurdas y anticientíficas creencias de que el cielo es una mansion circunscrita que existe encima de la bóveda estelar, destinada á las almas de los buenos, y que el infierno es otra morada á donde van los malos? ¡Nécia pretension! La felicidad y la desgracia existen en el mismo espíritu, no en el lugar que habita, pudiendo encontrarse juntos el que goza y el que sufre, como acontece entre los séres humanos, que viven todos en la tierra. El alma, una vez desprendida del cuerpo que la aprisionaba, se lanza á las inmensidades del espacio, que no es otra cosa el cielo, y sufre ó goza segun el grado de pureza que en su encarnacion ha conquistado, descendiendo mas tarde, si tiene que expiar, á la Tierra ú otros mundos análogos, verdaderos infiernos materiales, donde se padece toda clase de tormentos, y donde verdaderamente impera el *demonio* en la ambicion, la soberbia, el egoismo y la ignorancia.

Roma es el anti-cristianismo, y sus sacerdotes los falsos apóstoles á que Pablo se refiere, que perturban á la sociedad y *quieren trastornar el Evangelio de Cristo*, sin tener en cuenta que *no hay otro*, y que aun cuando algun hombre de la tierra ó espíritu del espacio evangelice fuera de lo que Jesucristo y sus verdaderos apóstoles han evangelizado, es falso y debe anatematizarse (1).

Hace bien nuestro impugnador en recomendar la lectura de

(2) Ep. Galat. I, 7 y 8.

El libro de los espíritus de Allan Kardec, y el *Tratado de educacion para los pueblos*, del espíritu de Williams Pitt, á cuantos anhelen conocer la índole de la escuela espiritista, pues en ambas obras, y con especialidad en la primera, que es la esposicion de su filosofía, encontrarán la verdad con todo su irresistible atractivo, viéndose obligados ante la lógica de sus doctrinas, á arrojar lejos de la mente las ilógicas y anti-cristianas del caduco y absurdo Romanismo. Nosotros tambien recomendamos á nuestros hermanos de la tierra que deseen contemplar la infinita grandeza del Criador por la grandeza infinita de sus leyes, la lectura y estudio de *El libro de los mediums,»* «*El cielo y el infierno,*» «*El Evangelio segun el Espiritismo,*» y «*El Génesis, los milagros y las predicciones,*» como obras fundamentales del Espiritismo, en donde el gran apóstol de tan elevada y sublime doctrina, Allan Kardec, ha sintetizado e Evangelio, la ciencia y la razon, seguros de que aunque solo fuera por el egoismo de profesar una creencia en la que todo es esperanza y consuelo, la aceptarán cuantos tengan la dicha de conocerla.

¡Cuánta pasion y osadía! ¡Cuánta sagacidad y mala fé se ocultan vergonzosamente en el juicio que tan estravagante como parcial emite el articulista romano respecto del Espiritismo!.... ¡Qué pobreza de justicia, de lógica y de buena intencion revelan las gratuítas aserciones de que el Espiritismo *escita á las acciones mas torpes y criminales, enciende las pasiones, fomenta y sostiene todo género de vicios y produce ú ocasiona enfermedades y aun la muerte misma!* ¡Cuánta grosera calumnia! ¡Cuánta mezquindad de proceder! ¡Cuánta miseria humana! ¿Y en qué se fundan semejantes asertos? ¿En qué se apoyan tantas injurias? ¿Cómo se demuestra tanta inicua falsedad?... Pues se funda, se apoya y se demuestra, diciendo que: Monseñor Turgeon Arzobispo de Quebec, Canadá, en una carta pastoral dirigida á sus feligreses queriendo mostrarles las funestas consecuencias del Espiritismo, despues de llamar á los actos de éste, *prácticas criminales*, les dice: «en efecto han dado ya frutos de muerte y dignos del infierno.» ¡Qué de errores, qué de estravagancias, qué de crímenes, qué de desgracias no han producido entre nuestros vecinos de los Estados-Unidos!» (¡!) ¿Con que porque un Arzobispo del Canadá, *queriendo mostrarles á sus feligreses* que deben apartarse de todo lo que pueda emanciparlos de los errores del Romanismo con los que tan inicuamente se les

domina y esplota, haya escrito *una carta pastoral* llena de injurias, calumnias y necedades, se cree ya autorizado nuestro impugnador para injuriar, calumniar y verter necedades en contra del espiritismo y los espiritistas? ¿Con que el articulista de «El Antidoto» razona, piensa y siente con la razon, la inteligencia y el sentimiento del Arzobispo Turgeon?.. ¡Cuánta pasion y osadía! ¡Cuánta sagacidad y mala fé! ¡Qué pobreza de justicia, de lógica y de buena intencion se ocultan vergonzosamente en tan estravagante juicio!

Nosotros, cuando sentamos un principio, cuando vertemos una idea, cuando emitimos un juicio, lo sancionamos con la prueba científica, razonada ó histórica y nunca afirmamos ni negamos porque *Perico de los palotes* niege ó afirme. Poseemos una inteligencia, una sensibilidad y una voluntad propias con que razonamos, sentimos, queremos y juzgamos, como habrá tenido ocasion de observarlo en el curso de esta controversia nuestro contradictor, á quien retamos formal y públicamente á que demuestre su atrevido y gratuito aserto de que el Espiritismo escita á las acciones mas torpes y criminales, enciende las pasiones, fomenta y sostiene todo género de vicios y ocasiona enfermedades y aun la muerte.

Pero sin duda el articulista, desconociendo las teorías de moral que deducidas del Evangelio desarrolla el Espiritismo; lo ha confundido con el *Romanismo,* con la *teocracia*, con el *jesuitismo;* con esa institucion maléfica fundada por Ignacio de Loyola, sancionada y protegida por ocho pontífices romanos *infalibles;* con ese engendro del vicio, con esa sociedad de extranguladores ó *tangs* de la especie humana como los denomina Süe; con esa horda de salvages civilizados que ocupan la página mas negra de la historia del mundo; con esa compañía indignamente llamada de Jesús que confundida con el Romanismo ha medrado en otros tiempos á su sombra é intenta levantar de nuevo su cabeza para con su fétido aliento intoxicar á la raza humana; con ese mónstruo social que ha envenenado la moral y las costumbres predicando y practicando el regicidio, (1) el parricidio, (2) el asesinato, (3) el suici-

(1) «Opúsculos teológicos» de Martin Becan: pág. 130.—Mariana. «De rege» lib. I, cap. VI.

(2) «Tratado sobre los Mandamientos de la Iglesia,» por E. Facundez. Tom. I, lib. I, cap. XXXIII.

(3) «Compendio de los casos de conciencia,» por J. Azor. lib. III.

dio, (1) la violacion, (2) el adulterio, (3) la lujuria, (4) el robo, (5) la blasfemia, (6) el perjurio, (7) la rebeldía, (8) la simonía, (9) y todo género de crímenes.

Nuestro impugnador está equivocado: el Espiritismo no es el *Romanismo:* el Espiritismo que es el Evangelio, carece de comunidades religiosas, teatros de donde han surgido las escenas mas inmorales y escandalosas. ¿No tiene noticia de los sucesos acontecidos en ciertos conventos y en el de las *Salesas* en que un pobre monaguillo fué víctima, tal vez de crímenes agenos? ¿Ignora los hechos de Sor Patrocinio y su inmunda é ignominiosa farsa? Entérese de la causa instruida al efecto en 25 de Noviembre de 1836, en la que el juez condena á la citada monja, convicta y confesa de haberse producido las *milagrosas llagas* con un ingrediente corrosivo que para el efecto le facilitó el P. Fermin Alcaraz, á ser desterrada y trasladada á otro convento distante por lo menos 40 leguas de la córte.

El célebre historiador Torres de Castilla en su erudita obra «*Las persecuciones políticas y religiosas,*» entre otros hechos históricos que revelan la índole de los conventos; refiere en el tomo 5.°, pág. 24, el siguiente:

»La religiosa de Castiglion Fiorentino, dirigió una carta al gran Duque, que revela el estado de los conventos en Toscana, manifestando que el desórden era tal, que la superiora y religiosas ancianas se encerraban en sus celdas sin poner atencion á lo que las otras hacian con los hombres facultados de entrar en el claustro.

---

(1) «Compendio para el uso de los seminarios,» por el abad Moullet, 1843.

(2) «Cuestiones prácticas acerca de las funciones del confesor,» por F. J. Fejelli, pág. 284.

(3) «Compendium» del abad Moullet. 1843.

(4) «De la suma de los pecados,» pág. 77. Esteban Bauny.—«De las virtudes y los vicios.» C. Palao. pág. 18.

(5) «Compendio de la suma Teologia de Santo Tomás de Aquino;» por Pedro Aragon. pág. 244 y 365.

(6) «Suma de los pecados,» por el P. Bauny. cap. I. pág. 66.

(7) «Compendio de Moullet,» citado en el suicidio. Strasbuorg, 1843.

(8) «Aforismos» de Emmanuel Sa: palabra Cléricus.

(9) «Cuestiones morales,» de Fellicius: tomo II, cap. VII, pág. 616.—«Tolog. tripartita del P. Arsdekin.»

Que el *factor* tenia intrigas con algunas religiosas de las mas jóvenes, y que ella misma habia sorprendido *acciones indecentes*.—Que el *factor* hasta se encerraba con algunas bajo llave.—Que al padre Pancracio se le encontró en el convento, donde se habia quedado durante una noche, que no revelase su escrito, porque temia ser envenenada.—La carta estaba fechada de 22 de Mayo de 1770, y firmada por la hermana Lucrecia Leonida Berrardi.»

El Espiritismo, que es el Evangelio, carece de la confesion auricular en donde tanta muger ha sido sonrojada, solicitada y prostituida: carece de ese constante peligro del honor social, reconocido por los mismos teólogos que no han podido por menos de dictar disposiciones, aunque infructuosas, para evitar tan brutales y repugnantes hechos, como puede verse en la «Teologia moral» de Lárraga: Tratado 6.° capítulos IV y XIII.

El Espiritismo, que es el Evangelio, carece de la bárbara, inmoral y antinatural disposicion del *celibato forzoso*, que no pudiendo anular los impulsos naturales del hombre ni matar en su corazon los sentimientos de amor á la familia, aleja al clérigo de la lícita y casta esposa para aproximarle á la impura é ilícita manceba. Le priva de los goces de la muger propia y constituye una falanje numerosa de *buscadores* de la muger agena, con graves é incalculables perjuicios de la tranquilidad, de la moral y de la honra de los demás ciudadanos.

El Espiritismo, que es el Evangelio, carece de bulas y gracias de todo género, para venderlas pública y vergonzosamente; carece de tarifas para comprar el perdon de todos los crímenes; carece de pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos; entre quienes se alberga la soberbia de la *infalibilidad*, el orgullo de la ostentacion, el egoismo de las prerogativas divinas, la crueldad de la inquisicion, el error del absolutismo y la ignorancia del Evangelio.

Nuestro impugnador está equivocado: el Espiritismo que no es el Romanismo, ni el jesuitismo ni el neo-catolicismo; el Espiritismo que es el Evangelio de Jesús puro, despojado de falsas, ilógicas é interesadas interpretaciones; espíritu y no letra, verdad y no mentira, solo escita á los hombres al amor, á la caridad, á la virtud, á la ciencia, á la vida, á la libertad, á Jesucristo, á la verdad, á Dios. El Romanismo, que es el paganismo, la idolatria, el neofariseismo, es la escuela, el sistema, la secta que con sus *fetiches*,

sus conventos, sus frailes y monjas, su confesion, su celibato, sus bulas, indulgencias, tarifas, *infalibilidad*, ostentacion, prerogativas, inquisicion y absolutismo, *escita á las acciones mas torpes y criminales, enciende las pasiones, presenta y sostiene todo género de vicios, y produce ú ocasiona enfermedades y aun la muerte misma.*

Nuestro contradictor desconoce seguramente lo que es el Espiritismo, ignora lo que enseña su doctrina, cuando crée con tanta *inocencia* lo que los periódicos neos ó semi-neos interesados en que la verdad no se propague, relatan de enfermedades, suicidios y locuras. ¡Cuánta candidez!... En vista de ello, podremos asegurar que la medicina, la farmacia, la abogacía, la pintura, la escultura, el materialismo, el espiritualismo, etc., todas las ciencias, las artes, las filosofías y las religiones son estudios perniciosos á que el hombre no debe dedicarse, porque se ven médicos, farmacéuticos, abogados, pintores, escultores, materialistas, espiritualistas, etc., que enferman, se vuelven locos y se suicidan. ¡Cuánta candidez é inocencia! repetimos. Lo que conduce al escepticismo, al indiferentismo, á la incredulidad, al mentismo, á la locura, etc., son esos intrincados laverintos teológicos donde la razon duda, se fatiga y estravía sin poder nunca penetrar en las regiones luminosas de lo exacto, de lo lógico, de lo verdadero; esas patentes contradicciones del dogma con la ciencia, de la doctrina con el sentimiento, que para sostenerlas, para sustentarlas, para defenderlas, hay que abjurar de la razon, hay que anular la inteligencia, hay que restringir la voluntad y sumir al espíritu en la pasividad, en el idiotismo, en la ignorancia que es lo que caracteriza la fé ciega y el fanatismo religioso.

(Se concluirá.)

MANUEL GONZALEZ.

DISCURSO

pronunciado en la Sociedad Espiritista Española en sesion del 5 de Junio, por Don Eusebio Ruiz y Salaverria, contra el Materialismo.

SEÑORES:

Si sólo obedeciera á los impulsos de mi propia inclinacion, no tomaria parte en este debate, pues estoy profundamente penetrado de mi insuficiencia y de la ineficacia de mi palabra; pero por encima de toda consideracion está la conciencia, que nos impone el deber de sumar nuestras fuerzas y de allegar materiales al edificio de nuestra doctrina, segun los medios de cada cual. Así, pues, vengo á depositar mi pobre ofrenda, débil grano de cernido polvo, y al hacerlo me es forzoso acogerme á vuestra benevolencia, de la que nadie más que yo está necesitado. Contando, pues, con ella, entro en materia.

No intento, señores sumergirme en las lúcidas profundidades del espiritismo para presentar á vuestra vista el brillo de su explēndida doctrina. No me propongo tampoco hacer un estudio del materialismo para combatirle. Una voz elocuente se ha elevado ya desde este mismo sitio para establecer esta cruzada: no sería yo nunca el llamado á sostenerla: mi palabra no es bastante potente para que rasgando los horizontes lleguen sus ecos á los últimos límites, como á la grandeza del objeto cumple. Es mi propósito mucho más humilde. Aspiro tan sólo á presentaros en rapidísima ojeada, algo del mucho bien que una doctrina encierra; algo del mucho error que la otra encubre. La verdad hace brotar de mis lábios una confesion que sale sin esfuerzo. El mucho bien que el materialismo ha hecho al espiritismo, estimulándole al estudio y al conocimiento de su doctrina. La controversia aviva el discurso, fortalece la razon y educa el entendimiento, facilitando así el adelantar en lo conocido y penetrar en lo ignorado, que es la marcha natural del progreso. La discusion es la antorcha de la razon, y ella nos guiará para sacar triunfante nuestra doctrina, que se agigantará con las dificultades y se afianzará con los inconvenientes y con los obstáculos. No nos altere la incredulidad; combatámosla con templanza, nunca con enseñamiento. El ultraje aleja, la dulce persuacion atrae y obliga. Así, pues, mi palabra no será inspirada

por enemigo encono, ni siquiera por exaltada agresion; será más bien el grito del alma herida.

Necesitamos, señores, desarraigar preocupaciones que viven á la sombra de intereses y de añejos hábitos; lo conseguiremos con fé y perseverancia. Sin embargo, voy á presentaros un peligro del que es preciso huir. Este siglo que dá asilo á todas las religiones, á todas las creencias, lleva en sí el riesgo de las facilidades, de las irreflexivas impresiones; pero es tal la fisonomía de la época, tal la necesidad de los tiempos que corremos, tal el poder de esas misteriosas corrientes que se cruzan en todas direcciones, y que ora de frente, ya de espaldas ó de través, nos empujan á cumplir los destinos que á la humanidad están trazados. Las ideas salvadoras cruzan las edades, recorren los siglos, y no se detienen ni por obstáculos, ni por amenazas, ni siquiera por la sangre. ¡Ah! ¡La sangre! El árbol regado por su corriente ha brotado más lozano y potente, llegando á la plenitud de su desarrollo. Recordemos á este propósito el poderoso vuelo que tomó la sublime doctrina de Jesus, al calor vivificante de su prociosa sangre y de la de sus mártires. Pero afortunadamente son otros los tiempos; ya hoy no puede entregarse el fiero fanatismo á sus ardorosas persecuciones. Adelante, pues, y no nos arredre tampoco el ridículo, única arma con que se nos combate á falta de otra mejor. Toda verdad depositada en la tierra ha costado á sus autores la persecucion, y no pocas veces la muerte. Abrid el libro de la historia, y en las páginas de sus adelantos encontrareis este lema tan angustioso como verídico: «No hay progreso sin suplicio.»

Se moteja al *Espiritismo* de que sus principios no son nuevos. ¡Pobre argumento! Pocas son las verdades que el mundo posée, y estas derramadas por sus vastas superficies y amasadas con montañas de errores. El que purificándolas las reuniera y construyera con ellas el edificio de la verdad humana, habria prestado un inmenso servicio; pero eso seria la obra de un génio; de un sér sobrenatural. Esta es pues, la obra del Espiritismo. Ahora ya que no querais comprenderle, por lo ménos admiradle. Y no creais que el Espiritismo es una idea engendrada por la veleidad de un fugitivo sentimiento que hoy viene al liviano empuje de un soplo, y otro soplo se llevará mañana, sino que gigante granito tiene su cimiento en la razon y su cúspide en las elevadas regiones del espacio, don-

de se cruzan los hálitos aun cálidos de los séres que los pueblan y nos trasmiten sus sábias enseñanzas.

Compadezcamos á los que en el error persisten, y á los que faltos de fé, se hallan sumidos en doloroso descreimiento. Lamentemos tales caidas del espíritu humano. ¿Qué mayor desgracia para el materialista, que la penuria de su doctrina, que no le eleva del suelo ni un solo codo? ¡Pobres séres tan pegados á su carne que no ven fuera de ella ni goces ni placeres! Y cuando los años la consumen, cuando el tiempo en su inexorable marcha la arranca una á una sus fuerzas y su vigor, que constituian toda su grandeza, ¿qué resta á esos desgraciados?... la desesperacion. En esos momentos en que la muerte viene á despojarnos de nuestra terrenal vestidura, el materialista, pobre, avaro, que vé le roban su tesoro que no puede defender en su desfallecimiento, sufrirá horribles suplicios, sin que dulcifique el terror de su agonía ni un solo pensamiento consolador. En cambio el espiritista vé acercarse esta hora suprema con las plácidas palpitaciones del que espera cosa mejor, con la satisfaccion del peregrino que toca el término de su penoso viaje; con la tranquila calma del que considera que esta muerte es la vida que sube y se dilata por los espacios infinitos, mientras que la vida que pierde es el combate en medio de la fatiga, el esfuerzo contra el obstáculo, la caida contra la elevacion. Venid materialistas, acercaos á las luminosas fronteras que separan nuestra doctrina de los sombríos contornos que la vuestra proyecta. Cuanto de grande y benéfico entrañan todas las religiones, al presente impracticable en su mayor parte por el atraso moral en que nos hallamos, todo se encuentra latente en el Espiritismo, esperando momento y ocasion para desenvolverse. Fundidas en esta todas las religiones, la vida alcanzará un grado de felicidad inexplicable.

Pero pasemos á explorar ligeramente algunos puntos del materialismo, y sometámoslos á razonada discusion. Dicen sus sectarios que en el estudio de la materia no han tropezado jamás con el espíritu, creacion puramente fantástica, debida á la exaltada imajinacion de los idealistas. ¡A cuántas y cuántas ventajas tendria que renunciar la ciencia, si se detuviera allí donde no alcanzan nuestros pobres é imperfectos sentidos! ¿Negareis acaso la existencia de la electricidad, flúido que ni se vé ni se pondera? ¿Rechazareis la gravedad, fuerza que solo por sus efectos apreciamos? Vo-

sotros mismos, ¿no admitis el influjo absoluto de la materia sin verla funcionar y sólo por suspicacia de escuela? Si los actos del hombre son producto de una secrecion del cerebro, si son por consiguiente ineludibles, si les despojais de su más bello atributo que es el libre albedrío, ¿qué son esos códigos con que las naciones se escudan contra los instintos del perverso, sino actos de insigne iniquidad? ¡Conque la materia impera, no hay sobre ella dominio, y condenais, crueles, á terribles suplicios al sér que arrastrado por una combinacion de gases, en la que ninguna participacion se le concede, comete uno de esos crímenes que toda sociedad reprueba? ¿Y os llamais justos? ¿Y tal vez aspireis al dictado de lógicos? ¿Qué son el heroismo, qué la virtud? Palabras vanas, un poco de fósforo, segun vosotros. ¡Nécia humanidad, que busca perpetuar con monumentos imperecederos la memoria de los altos hechos, de las acciones nobles! ¿A qué ese sentimiento de gratitud, si el hombre que ha enriquecido la ciencia con algun portentoso descúbrimiento, el que ha ofrecido su vida en holocausto por salvar á su pueblo de la servidumbre, lo ha hecho, no por ellos, sino á pesar de ellos, empujado por el peso de su masa encefálica?

Donde no hay esfuerzo no hay vencimiento. La materia, arrastrando al hombre al fatalismo, le entrega á sus brutales instintos. Quitad al hombre la voluntad, y le convertís en bruto; despojadle del alma, y... ¡ay de la humanidad! Vuestra doctrina amenaza la grandeza del hombre para hundirle en el abatimiento: comprometeis tambien con ella la tranquilidad de los pueblos, arrojándolos en un fatal desequilibrio que los sumiria en la miseria moral al elevar su materia y anular su espíritu. Creedme; las rompientes de ese embravecido mar de extraviadas pasiones, desgarrarian despiadadamente á la humanidad y la harian rodar á abismos sin fondo, produciendo en su ruidoso derrumbamiento catástrofes sin ejemplo. Mis ojos entristecidos tienden una dolorosa mirada sobre esos ultrajes hechos á la inteligencia, ese sarcasmo arrojado sin miramiento al rostro de la conciencia.

¿Cómo hombres que dan pruebas de elevadas dotes de entendimiento, al defender con agudeza de ingenio tales principios, atribuyen ese raro esfuerzo de su inteligencia privilegiada á una secrecion de su cerebro? Al brotar de su mente el pensamiento, ¿no sienten dentro de sí latir algo superior á la materia, algo que les inspira, una fuerza que pone en movimiento todo su sér, que

le emociona; movimiento que la materia no puede refrenar, fuerza desconocida que si no se vé se siente? Es un acto abusivo de vuestro espíritu, que se presenta más patente en el momento mismo en que más le negais. Permitidme que os lo diga, sin mengua para vosotros: teneis deleite por la oscuridad, os enagena la sombra, y caminais á tientas entre tinieblas porque cerrais obstinadamente los ojos, temerosos sin duda de que un rayo de luz venga á herir vuestra sensible pupila. Si todo fuera obra del organismo, el razonamiento ageno no produciria efecto alguno en vosotros, pues la materia sólo es impresionable á la accion de la materia. ¡Cuánto desvirtua y enpequeñece su inteligencia quien le dá tan pobre origen! ¿Qué son pues vuestras teorías? Leve polvo que se disipa al contacto de la razon. Vuestra brillante palabra, vuestra lujosa frase, ese fastuoso séquito de fascinadoras imágenes, son el deslumbrante velo con que cubrís la nada de vuestra idea, la indigencia de vuestra doctrina. ¿No comprendeis que al herir los más íntimos sentimientos del hombre le quitais su propia estimacion, uno de los más poderosos resortes de su virtudes, de su grandeza? Si la materia impera, dejarla obrar libremente es lógico, pues la coaccion seria un gran acto de demencia, careciendo de objeto. Si el hombre no vive de una esperanza que se encuentra más allá de su pobre existencia, ¿cómo soportará sin rebelarse las adversidades que de contínuo le rodean, los sufrimientos, patrimonio de la vida, las aflicciones, inagotable pasto desus breves dias.

En las revoluciones seculares de la humanidad, se marca un fin siempre progresivo que fijamente queda esculpido en huellas indelebles sobre las pasajeras edades del mundo. Es una marcha ascendente que le acusan al geólogo su ciencia, al sábio sus lucubraciones, al observador la historia. Para que este movimiento no experimente horas de detencion en su marcha, es preciso aunar el progreso material con el moral. Hay un encuentro providencial entre el espíritu y la materia, que se buscan para complementarse segun su relativo estado de adelanto: asi, que, el espiritu reinando absolutamente sobre la materia, ó ésta enseñoreada del espíritu, producen el más fatal de los desequilibrios, y esto prueba nuestro dualismo. Esos sueños voluptuosos en que os adormeceis, entrevistos en el fondo de no sé que ilusorio porvenir, considerando los seductores goces que os ha de proporcionar el progreso mate-

rial, tienen un despertar horrible. Por asombroso que sea el progreso material de un pueblo, su ruina es inevitable si no se complementa con la moral. La historia de todos los siglos lo demuestra. Pudiera presentaros ejemplos: uno tenemos próximo, vivo, que aun mana sangre; pero no seria en mi generoso evocarlo, añadiendo al dolor de la caida la afrenta de la censura. A la posteridad toca juzgar. Tomaré mi ejemplo de más remotas edades. Si nos remontamos al dilatado imperio de Asiria, cuyos cimientos echó Nemrod 2.180 años A. de J., y nos fijamos en Babilonia, emporio de civilizacion, donde el génio de la célebre reina Semíramis aglomeró cuanto de grande el mundo encerraba; si recorremos sus atrevidos túneles, sus potentes diques, sus vastos y numerosos canales; si de aquí pasa nuestra atencion á esa extensa muralla que la circundaba, á esos bellos jardines que coronaban las alturas de sus palacios fecundados por las aguas del Eufrátes, elevadas por un bien entendido sistema de regadío: por último, si penetramos en ese templo de Belo, verdadera maravilla donde rivalizaban la belleza y la riqueza artísticas, no podremos ménos de confesar que las ciencias y las artes, fundamento de todos estos trabajos, debieron haber alcanzado mucha altura. ¿Pero qué nos queda de tanto explendor y magnificencia? Vagos recuerdos de esas obras colosales, é informes ruinas que aun hoy dia ocupan diez y ocho leguas de extension y que los viajeros admiran en las inmediaciones de Bagdad. Ese pueblo, cuya destruccion profetizó Isaías, encenagado en las abominaciones de una repugnante idolatría que, haciendo mercancía del pudor entregaba sus doncellas á la concupiscencia de los extranjeros, se abismó en la mas vergonzosa ruina sin legar á la posteridad otro monumento de su grandeza que el humillante recuerdo de su sensualismo.

Como deduccion lógica, inexorable de su doctrina, los materialistas tambien niegan á Dios. Si el mundo está regido por leyes, cuyo secreto el hombre trabajosamente arranca á la naturaleza, si esas leyes llevan el sello de una admirable sabiduría, estableciendo órden, unidad y armonía en el Universo, ¿podríamos creer que solo el acaso fuera el ordenador de tan maravillosas concepciones? No es mas natural y más lógico el suponer que haya un Sér Superior, que reuniendo en sí mayores perfecciones, que cuanto de él es hechura, digo mal, la perfeccion Suprema, sea el Hacedor de tan sublime creacion? ¿Sería posible que obra tan acabada existie-

ra sin autor? ¿Cómo rendimos el tributo de nuestro homenaje á los hombres que deben á su incesante estudio el descubrimiento de algun arcano y negamos ciegos la existencia del Creador de aquello mismo, que tantos desvelos nos cuesta el comprender? Siempre nos encontraremos pequeños en medio de la Creacion á poco que meditemos; pero siempre nos juzgamos grandes en nuestra soberbia, despreciando arrogantes aquello solo que sin duda por su misma magnitud nos ciega. ¿No se extingue en vuestros labios la palabra y se oscurecen en vuestra mente las ideas al contemplar la inmensidad de la Creacion y al intentar penetrarla? Pero basta ya sobre este punto, que no merece séria refutacion; pues la idea de Dios se halla grabada con caractéres de fuego en el corazon y en la conciencia de todo sér pensador.

Pasemos al dualismo. No podemos negarle. Hay dentro de nosotros algo que nos eleva sobre este polvo que pisamos. La atraccion que experimentamos hácia lo esterno; hácia ese más allá á que nos acogemos, como el niño al regazo de su madre para buscar consuelo en nuestras adversidades, alivio en nuestros sufrimientos, es palpable prueba de esta verdad. No se requiere penetracion muy sutil para comprenderlo: es un sentimiento del que todos participamos, es una aspiracion que no viene ni de las religiones, ni de las creencias filosóficas, ni de la educacion: está en nuestro sér, en esa sútil esencia que dentro de nosotros se agita, mueve y se impacienta de verse encadenada y que no tiene tasa en la medida de su desenvolvimiento. En esos grandes dolores en que la materia permanece muda y solo sensible á sus instintos de conservacion, ¿qué sentimiento brota de lo más interno de nuestro sér y derrama purísimos consuelos en él, con pensamientos que se hallan en esa imaginaria esfera á que solo puede tocar el espíritu, trasportándonos á mundo mejor y refrescando la fiebre de nuestro duelo? ¿Cómo ha de creerse que ese esfuerzo con que nos lanzamos atrevidos á los espacios, recorremos sin vacilacion sus lejanos horizontes, hasta los más invisibles, y llegamos á posar tranquilos nuestra planta en los umbrales de lo infinito, buscando en nuestro anhelante saber la causa suprema, cómo hemos de creer, repito; que la materia encierre en si energía, fuerza y grandeza bastante, que todo esto se necesita, para tomar tan rápido y potente vuelo? Desechad vuestra alucinacion, estudiad con la elevada inteligencia de que estais dotados vuestro sér, desmenuzad vues-

tros internos movimientos y hallareis en fin lo mismo que negais, escondido en el santuario de vuestra conciencia.

Una última palabra sobre el Espiritismo. Aun en la duda, si el espíritu vagando incierto entre encontradas creencias, falto de verdadera fé, pero ávido de alcanzarla, buscase una que le diera esa tranquilidad, esa ventura que todos perseguimos; ¿quién vacilaría en la eleccion, considerando que el Espiritismo nos dá, como ninguna otra, felicidad en la tierra, satisfaccion cumplida á la inteligencia, inefables consuelos al corazon, infinitas esperanzas al alma, en suma, que satisface á la razon y al sentimiento? No hay otra que llene mas condiciones, ni que la mente pueda aceptar con mayor fundamento, despues de sujetada á maduro é imparcial exámen. Colma la más exigente aspiracion del sér dentro de lo racional, y le baña de consuelos envidiables.

Toco ya, señores, al término de mi tarea, pero antes voy á hacerme cargo de un concepto equivocado vertido por el Sr. Alfaro. Decia este profundo racionalista al analizar las máximas fijadas en las paredes de esta sala, que no encontraba adecuada la que dice, «Marchar á Dios por la ciencia y la caridad.» Mi digno hermano en creencia Sr. Rebolledo, con fácil palabra é inflexible lógica, que yo no sabria imitar, demostró de una manera clara, evidente incontestable: que sin la ciencia no puede llegarse al conocimiento de Dios, y que cuanto más en aquella adelantamos, más en este penetramos. Seria en mi arrogancia intentar siquiera tocar este asunto, que deseo quede presente en vuestra memoria en toda su integridad tal como lo expuso el Sr. Rebolledo con no comun maestria. Voy solo á ocuparme de la caridad. La caridad espiritista no es esa que se traduce en dones terrenales, que si alivian la miseria de hoy dejan presente el horror de la de mañana. No es, no, los desperdicios de nuestros festines, las migajas de nuestras harturas, los míseros escudos sobrantes sin otra aplicacion de nuestras abundancias. Nó y mil veces nó. La caridad espiritista está más álta, tiene su asiento en el místico Gólgota; allí está simbolizada en aquel Sér extraordinario, que entrega su vida por dejar en el mundo la semilla de una verdad salvadora y que se escapa en torrente de ternura por esas heridas que desgarran su pecho, en donde se anida el más grande y santo de los amores. La caridad de que ahí se habla es la esencia más pura del amor á nuestros semejantes, á todo cuanto la obra del Creador abarca: ese amor su-

blime, que derrama el consuelo en el alma dolorida, que tiende afanoso la mano al que tropieza para evitar la caida, que ensalza al menesteroso sin abatir al opulento, que cura y cicatriza amorosa las llagas del alma más hondas y dolorosas que las de la carne. Esa es, en suma, nuestra caridad, que no puede representarse ni por todas las riquezas acumuladas de la tierra.

Ruego, pues, al Sr. Alfaro que rectifique su juicio y elimine esta partida de los impuestos económicos del porvenir.

Termino ya, señores, que harto he fatigado vuestra atencion; pero no lo haré sin dirigir mis últimas palabras á los materialistas. Elevad vuestra mirada al firmamento, recorred esas inmensas é infinitas creaciones que le esmaltan, interrogad á esos brillantes mundos que giran rápidos por sus extensas órbitas en majestuoso, y acompasado movimiento, escuchad sus divinas armonías, fijaos en esos explendores mágicos, reflejos de una ideal belleza, recojeos despues en vosotros mismos, y meditad: y si pasada esta muda contemplacion no se levanta de lo más íntimo de vuestro corazon y del fondo de vuestra conciencia una voz poderosa, un grito del alma que reclame acatamiento y adoracion hácia Aquél que mora en el seno de esa deslumbradora mansion, prorrumpid entonces sin extremeceros y con el enérgico impulso de la desesperacion: *ni eso tiene Creador: ni el alma existe.*

EUSEBIO RUIZ SALAVERRIA.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

CENTRO ESPIRITISTA SEVILLANO.

SEVILLA 18 DE SETIEMBRE DE 1872.

Médium M. G. R.

Se necesita la organizacion para la vida?

—Os voy á desarrollar esta pregunta que yo mismo formulo.

La organizacion es un accidente de la vida.

La organizacion no hace mas que presentar la vida bajo un aspecto; le dá una forma segun vosotros podeis apreciar en el estado

de vuestros conocimientos; pero bajo un aspecto de la organizacion vése envuélta después la vida en multitud de organizaciones, y esas se os escapan todavia á vuestras investigaciones científicas.

—Qué es, pues, la organizacion?

Presentada la vida bajo aspectos distintos, la organizacion es la que se presta á su manifestacion, y así no hay vida que no deje continuamente de manifestarse ni organizacion que deje de tenerla.

El orígen de la vida es absolutamente imposible comprenderlo fuera de Dios.

El elemento principal de la vida nunca lo encontrareis por mas que trateis de investigarlo.

Así como la vida nace en Dios, está siempre en Dios y es para Dios como llena todos sus fines y desenvuelve todas sus manifestaciones, así la organizacion es producto de la vida, vive y se desarrolla para ellas.

Vosotros no creeis que existe la organizacion en ciertos detalles de la vida. Esta es vuestra apreciacion en cuanto vuestros adelantos no han podido inquirir, hasta ahora otra cosa; pero no es así ciertamente. La organizacion se elabora en el principio mismo de la vida, y todo está lleno de vida y toda ella está organizada.

Porque no veis en la semilla el fruto que lleva en sí ¿podreis negar su organizacion que mas tarde se os presenta?; porque no veis la esencia de una flor ¿podreis negar la flor organizada? Porque no veis la inteligencia ni libre ni organizada en vosotros ¿podreis negarla?

Sabedlo; la esencia, la inteligencia libre ó en estado apreciativo de organizacion antes de presentárose así, tambien está organizada.

El alma humana en el espacio es una organizacion, y una organizacion en su elemento primero; porque entended que todo vive en el espacio y todo en él se alimenta. Vosotros que estais en la superficie de un planeta sois del espacio; si no lo sois al parecer porque descansais sobre la plataforma de un mundo, ese mismo mundo es del espacio y en el espacio vive.

Es preciso que no haya confusiones.

Toda la vida encierra en sí infinitas organizaciones y evoluciones.

Nacida de lo Eterno con un principio lleno de abundantísima sávia, esparce aquí primero un mónstruo, allá el aroma, mas allá la inteligencia.

Las evoluciones que efectua la vida van debidamente siendo conforme deben ser en gradual desarrollo del gérmen que encierra su esencia.

No hay que pensar otra cosa.

La ley del progreso se cumple en todo y jamás ha aparecido la inteligencia antes que el hombre, así como no pudo tampoco aparecer el aroma de la flor antes que la misma flor.

Hay pues que apreciar el desarrollo de las cosas segun es tambien aquel desarrollo que aprecia, y por eso vosotros veis cada cual como debeis ver arreglado á vuestros conocimientos.

Podreis acaso comprender la organizacion en el espíritu libre? No.

Pues la organizacion, sin embargo, es una verdad.

El espíritu libre vive fuera de la forma, supongo, que á vosotros os caracteriza;—y esa esencia individual en el espacio agitándose en el flúido universal, tiene con él la analogía que le presta su condicion y la fuerza precisa en que se encuentra de desarrollo. Este desarrollo está presentando lo que es; su individualidad, su misma organizacion en el estado en que se encuentra.

En conclusion:

Toda esencia tiene gérmen de organizacion y apenas pasa por una bajo un aspecto, que en seguida entra en otra bajo otro.

Espíritu y materia. Esta antítesis puede decirse con toda propiedad que es la constante organizacion de la vida.

LUIS PRAGA.

---

15 DE SETIEMBRE 1872.

LO INFINITO.

Médium F. M.

Reconcentraos.

Pensad en lo infinito.

Lo infinito es lo que más aproximadamente puede daros la idea del Sér, es lo que más puede acercaros á la Gran Causa.

Todo lo es lo infinito porque no hay nada que no lo pueda ser. Es toda la realidad. Es todo lo que es.

En nuestro sér somos por Él. Y así á Él vamos marchando irresistiblemente. Es que germina en nosotros el amor; es que la ley ha de cumplirse indefectiblemente.

Él es la perfeccion suma, lo absoluto del bien, el amor eterno. Y en nosotros sólo un muy débil reflejo se trasluce de su sér, sin duda porque aun distamos el infinito de poder manifestarnos todo lo que somos. El progreso nos conducirá á mejores estados; y entónces, más depurados ya, nuestras manifestaciones serán más esplandecientes y nuestros espíritus reflejarán en toda su verdad el puro amor eterno.

El espacio infinito nos dá una idea de lo que somos en el tiempo. El tiempo nos la dá de lo que somos en la eternidad. La eternidad, ese arcano en donde se nos reserva nuestro porvenir, nos abre las puertas del camino que ha de llevarnos á lo infinito.

Ah! Pero, llegaremos alcanzar á lo infinito? ¿podremos confundirnos con él, aproximarnos á él siquiera?..... Nunca: siempre lo infinito habrá de ser para nosotros lo desconocido. Y sin embargo, somos lo infinito; en nosotros está, nosotros somos en lo infinito.

Lo infinito absoluto es nuestro destino y fin; es tambien el fin de todo lo que existe. Pero, cuánta no es la distancia que media entre nosotros y nuestro fin!......

Estamos sugetos al tiempo y al espacio; y sin embargo, en nosotros es lo que es sobre tiempo y espacio. Ved aquí la diferencia tan notable que hay entre lo que somos y nuestra existencia. Nuestra existencia nos aleja un infinito de lo infinito. No podremos nunca llegar á ser en determinacion todo lo que somos, sin dejar de existir, y como esto es imposible, tambien que lleguemos jamás á una manifestacion completa de todo nuestro sér, á ser sér en todo lo que somos.

Por otra parte no podemos llegar ni en el infinito del tiempo á lo infinito, porque siempre nos ha de faltar un infinito para ello, estaremos siempre en donde mismo estábamos.

Y cómo se concilia, me preguntareis, la idea de progreso, nuestro progreso real, con la de no poder realizar todo lo que somos y haber de estar siempre en el mismo punto y á la misma distancia de lo que es objeto de nuestra vida, fin de cuanto existe?

Sabed que no porque creais estar siempre en el mismo punto

puesto que un infinito os resta siempre por recorrer hasta el fin de la vida, vuestro estado es el mismo. En estados se realiza el progreso. Las sucesivas determinaciones vuestras y de todos los séres en los espacios infinitos, os hacen progresar en estado; y á medida que esto se verifica vuestro sér irradia de sí mas todo lo que es, manifiesta de si más cada vez que lo manifestado. Vuestro sér es el mismo siempre y siempre lo que es; siempre en el infinito y sobre todo límite; pero las determinaciones suyas se elevan de cada vez más en la escala de lo limitado, de lo contingente. Y no es posible prescindir ni por un instante de lo contingente y de lo limitado, porque dejariamos de existir para ser en Dios.

Lo que á todos nos separa de lo infinito absoluto es necesario que nos separe para nuestra propia existencia y conocimiento propio de nuestro sér, de nosotros mismos; como lo que separa al hombre de su esencialidad y manifestacion plena de todo lo que en sí es, es necesario que lo separe para conocimiento de sí mismo y elevacion de su propio sér.

Como el perispíritu es el sudario del Espíritu en su estado libre, el tiempo y el espacio es el sudario del sér para su propio sér.

Decidme si nó si concebir podeis el espíritu informe, desnudo de toda envoltura, exento, libre de toda condicionalidad.—Ciertamente que nó. Del mismo modo es imposible concebir un sér fuera de tiempo y espacio sin ser en el Sér, *único* que es por sí y sobre todo.

De nosotros á lo que somos no media nada. Somos lo infinito y estamos en él. De nuestras determinaciones á lo que somos, si media y mediará siempre lo infinito.

La idea de lo infinito viene á elevar al hombre á la concepcion de su propio sér.

La idea de progreso ha venido á ponerle en vias de que pueda irse acercando á su propio conocimiento.

Meditad.

EL PORVENIR.

19 de Setiembre de 1872.

Médium M. G. R.

I.

Mirad el porvenir con la conciencia tranquila y la frente serena.

El porvenir es vuestro.

¿Por qué suspirais sino por el porvenir?

¿Por qué llorais sino por el porvenir?

¿Por qué trabajais todos sino para el porvenir?

¿Por qué naceis y por qué morís sino para el porvenir?

Hoy!... ¿qué es hoy?

Ayer!... ¿qué es ayer?

Ayer apenas levantábais la planta de la humilde tierra, apenas apercibiais que viviais para hoy, comprendiais la grandeza del mundo, la verdad de la vida, la forma de la materia, la perfectibilidad del espíritu.

Hoy saboreais lo que antes os costó tanto y quereis elevaros sobre la tierra en el deseo vehemente que os abrasa de saber lo desconocido, quereis llegar con vuestras alas á satisfacer vuestra felicidad y aun suspirais porque no os es posible... Ah! que vale mucho ser lo que se és para apreciarla en tan poco! pero... no desmayad, el triunfo es vuestro, ahí teneis el porvenir, él, es de todos.

Si no fuera por el porvenir ¿cómo apreciaríais la vida? ¿Qué objeto podria llenar?

Un ayer de nada, un hoy horrible y un mañana en la misma nada!

Oh, esto es terrible!

No es el cáos... no! Esto no tiene nombre!

Hoy, entre la nada!

Imposible. Meditad.

II.

Ayer éramos, hoy somos, mañana seremos.

Que hable vuestra conciencia.

¿Qué realidad sentís de vida?

¿Sentis el dolor que os punza y hiere vuestra fragilidad? ¿Sentis el gozo que os reanima y fortifica?

Cuando sentis el dolor, no sabeis esplicároslo, y sufris terriblemente hasta el estremo muchas veces de perderos en el hoy de vuestra existencia. Y es que no veis mas efecto del mismo dolor.

Cuando sentis el gozo, entónces abris los brazos, deseosos de estrechar el porvenir, entonces, sí, entónces os acordais de él.

¿Por qué en vuestros dolores no os sucede lo mismo, para que no sufrais tanto, y no que dejais nublar vuestra alma con la atmósfera de vuestra debilidad, con el quejido de vuestra purificacion?

¿Acaso suponeis que la perfeccion se alcanza sin trabajo, que el porvenir no tiene sus recompensas?

Insensatos!

Buscad la historia de los males que os afligen; buscadla... que cuajada la teneis de dolores, llena de anhelantes suspiros, rociados con lágrimas.

Diríais que Dios os dió la vida para la felicidad y no para el sufrimiento.

Diríais que quién pidió la vida para sufrir con ella.

Diríais todo esto, y mucho mas aun decís cuando os encontrais agobiados y afligidos bajo el peso de acerbos dolores y terribles penas.

Pero ¿cómo entendeis la vida para juzgarla asi? ¿De qué modo apreciais la sabiduria infinita que os creó y los altos fines que llenais?

¿Qué sois? ¿lo sabeis vosotros?

¿Sabeis lo que vale intrinsecamente un dolor y un goce?

Decidme qué valor tiene uno y otro.

No sabeis contestar, no. Vosotros sabeis solo que el dolor amortigua y que la dicha reanima; pero no comprendeis que en la antítesis infinita que se establece entre el uno y la otra se presenta el progreso indefinido, se os abre el porvenir.

Un dolor... ¿qué es un dolor? ¿no se os desvanece instantáneamente?

Una dicha... ¿qué es una dicha? ¿no se os desvanece instantáneamente tambien?

Pues si suspirais cuando os sentis doloridos y suspirais cuando os sentis tambien dichosos, ¿cómo comprendeis la vida? ¿por

qué no la veis bajo el objeto sagrado, grandioso é infinitamente sábio para que ha sido creada, si ella es quien os anima en la infinita perfeccion?

III.

No hay que temer, amigos.

Verdad es que existis.

Verdad es que sufris.

Verdad es que tambien gozais.

Existir, sufrir y gozar es el fundamento del progreso.

Aprovechaos de estas enseñanzas para que vivais tranquilos.

Si teneis dolores, mirad con frente serena el porvenir; su idea sólo os aliviará en vuestras meditaciones.

Si teneis dicha, miradlo también; él os la aumentará; y si vuestras consideraciones os llevan alguna vez á la tristeza y á la melancolía, esto os probará que debemos siempre vivir para aprender mas, y en algun tanto os hará apreciar la idea que debeis tener del dolor y la felicidad.

El porvenir es vuestro.

El porvenir está en lo infinito.

Cuando hayais vislumbrado que se os entreabre y que vais en vertiginosa rapidéz á tocarlo..... deteneos, porque el infinito se os presentará de nuevo, y nada parecerá que habeis andado.

No desmayad, sin embargo; el mañana sonriente os dirá que valieron vuestros esfuerzos de hoy para estar en infinito progreso dentro de la eternidad.

MONTESQUIEU.

SEVILLA 19 DE SETIEMBRE DE 1872.

Médium F. M.

Me propongo, hermanos, tratar aunque sea ligeramente algunos puntos cuya importancia debe ser grande á vuestra consideracion, porque verdaderamente no carecen de ella. Nosotros bien vemos toda la trascendencia que en si tienen: vosotros no tan bien, sin embargo de que la comprendais. Vuestro estado os impide penetrar lo que nosotros; pero á vuestro alcance no ha de escapar toda la verdad de lo que os he de decir.

Trataré de los vicios en particular, puesto que ellos son los enemigos del progreso y por consiguiente del bien. Escuchadme atentos, y sed constantes en vuestros propósitos por vuestro adelanto como por el de los demás.

La murmuracion.

Casi insensiblemente penetra este feo vicio en la humanidad y son al parecer tambien casi insensibles los resultados que ocasiona, al menos durante la encarnacion; pero sabed que no es así. El daño que al espíritu hace ese defecto es tan grande que le turba acaso como lo que podais imaginar que mas puede hacer sufrir al hombre de recta y sana conciencia. Y no es solo esto, sino que las consecuencias se extienden á más y segun cada caso, sin poderse apreciar nunca lo bastante los perjuicios que levantarse pueden contra los que son víctimas por sí ó por mala voluntad de otros, de la murmuracion.

Por lo general la murmuracion reconoce como causa el indiferentismo; tambien á las veces es hija de la ignorancia ó del orgullo en todo su refinamiento: pero en todos los casos puede concluirse que la ignorancia es quien la engendra como engendra todos los vicios. Y fácilmente lo comprendereis; porque ¿quién es el hombre verdaderamente ilustrado que venga á rebajarse moralmente al estremo en que considera á aquellos á quienes menosprecia, por lo mismo que de ellos murmura? Ninguno, á ménos que esté falto de esa ilustracion, sea un frívolo, un presuntuoso, un falso sábio. El hombre que se inspira en la verdadera ciencia, en la ciencia que le eleva sobre sí, que le hace á la vez que ilustrado virtuoso, ese jamás abandona la esfera propia del saber pára ocuparse del menosprecio de los demás: ese, antes es indulgente que vano hablador de los defectos agenos, porque sabe que la murmuracion mancha el espíritu y le predispone á mayor desviacion del camino que le tienen trazado los sagrados deberes que habrá de cumplir: ese, en fin, está poseido de que no es más que los demás, sino que es igual á estos, y en vez de ocuparse de poner al descubierto las faltas de ellos, procura conocerse las suyas y corregírselas para saber corregir despues las agenas.

La falta de amor y caridad resalta á la simple vista en el murmurador; y esta falta que comete con los demás, la comete tambien y á la vez consigo mismo, pues que no solo es desconsidera-

do con los otros, sino que lo es para si, no siendo atento y cumplido en los deberes que tiene respecto de sí mismo. Su responsabilidad es grande, tanto mas cuanto mayor sea el conocimiento que tenga de sus deberes, que todos los llevamos grabados en nuestra conciencia.

Tened presente que el que murmura lo hace de un hermano que se encuentra, como él y como los demás, en condiciones más ó ménos difíciles y penosas que los otros, para la realizacion de un fin que nos es comun á todos, y que todos estamos en la obligacion de trabajar en la medida de nuestras fuerzas por su cumplimiento.

El que durante su vida terrena ha alimentado ese vicio sin que haya habido momento en que se corrija y alejára de él, cuando regresa al mundo de los Espíritus y se contempla en toda su desnudéz, se avergüenza de sí mismo, por su orgullo y falta de caridad con sus hermanos, y por su falta de atencion y de respeto á la justicia del Padre, que á todos y á cada uno nos ha dado lo necesario á nuestro bien.

Jesus, al decir «no querais juzgar para no ser juzgados,» se refería á esta clase de juicios, que nunca conducen sino es al estacionamiento del que los formula. No olvidad la sentencia que con ese motivo pronunció el mismo Jesus; pues en esa ó en otras encarnaciones sereis medidos con la misma medida que usáreis para con los demás, sereis tratados con la misma falta de indulgencia con que tratásteis á los otros.

La justicia se cumple. Su ley se impone por su propia virtud. El Espíritu que ha delinquido, cuando vé que se le acerca el momento para su rehabilitacion, se acoje á ella como á tabla de salvacion.

Procurad por la correccion de vuestros defectos, que no son pocos, y os detienen en el camino del progreso. Alejad de vosotros en primer término la murmuracion, y, por cuantos medios estén á vuestro alcance, trabajad por estinguirla de la humanidad.

SEVILLA 21 DE SETIEMBRE 1872.

LA EXPIACION.

—

Medium F. M.

Por qué me atraes?.. Sufro. ¿No lo sabes? Mis sufrimientos son inmensos; mi delito me hizo acreedor á ellos...... Mi Espiritu se abrasa en el fuego del dolor. Yo no puedo más: las fuerzas me faltan para soportar este estado. El tormento mio no es otro que el que por mi apliqué á séres que hoy me compadecen y me aman, no siendo justos con mi mal proceder para con ellos..... Puedes tú acaso aliviarme en mis dolores? ¿Puedes contribuir á que no se acibaren más mis penas? Si puedes hazlo, que mi gratitud no te faltará, ya que por ingrato sufro lo que sufro.

—Procuraré contribuir como pueda á darte consuelo en tu desgracia. Y ante todo yo te suplico que no veas en esos tus sufrimientos otra cosa que un acto de justicia, el cumplimiento de la ley.—Si padeces dolores, no dudes de tu culpabilidad. La ley es sábia: la justicia pesa sobre nosotros para hacernos gozar de nuestras buenas acciones, para hacernos sufrir por las malas que hayamos cometido.—¿Puedes decirnos cual es la causa de tu desgracia y cuales los sufrimientos que esperimentas?—¿Tienes inconveniente en revelarnos tu nombre?

R.—Gracias, amigo mio; siempre he creido, desde que en mi desventura pienso, lo mismo que me dices: siempre, desde entónces, he estado en la persuasion de que eran merecidos mis sufrimientos. ¡Ojalá, y en ello hubiera meditado antes! ¡pero no veia efecto de mi ceguera por mi interés, el mal que me labraba con hacer la desgracia de una familia.

En mi anterior á la última encarnacion que he sufrido en ese planeta, fui cruel y sanguinario con aquellos que estaban bajo el yugo de mi despotismo. Ciego en mi orgullo, jamás acerté á ver nada que me dispensara de seguir en mis detestables y abominables prácticas. Toda aquella vida la pasé dominado por el mas alto orgullo, sin para nada atender al ejemplo que en sus relevantes sentimientos me daban aquellos que vivian mas aproximados á mi. Nunca recuerdo que brotara en mi el sentimiento de la compasion ni la virtud de la humildad. Déspota y cruel nací, aunque con el

propósito de enmendarme: déspota y cruel morí sin haberme en lo más mínimo corregido. La muerte vino á hacerme ver lo errado que habia andado. Larga y sensible expiacion comencé á sufrir en la vida libre, preparándome en ella á nueva jornada donde me corrigiera de mis dos anteriores y me reabilitara en el camino del bien. Quise abarcar más de lo que podia para lo débil que era. Llegó el momento de la prueba y sucumbí. Habia pedido ocupar análoga posicion á la que antes habia tenido para así corregirme, y en vano fué. Dominado por la materia, arrastrado por las reminiscencias de los vicios que antes alimenté, llegué á ser, sino todo lo que fuí en mis anteriores encarnaciones, un hombre descorazonado y por consiguiente sin tener el amor que se debe al hermano. En esa mi última encarnacion, que há muchos años terminé, fuí asesino de toda una familia, y despues lo fui de mí mismo. Considerad mi sufrimiento ahora!

Durante largos años he estado sin darme cuenta alguna de lo que me ocurria ni de lo que junto á mí pasaba. Sólo, sí, distinguia algunas veces mis víctimas frente á mí. Su presencia recordaba en mí mi mala accion: cuando al breve instante desaparecian, todo para mí quedaba como antes. Las tinieblas volvian á rodearme; yo, á no pensar en nada y á no percibir nada que pudiera como venir á hacerme salir de aquel sopor.

De cada vez que aquellas pobres á la par que felices víctimas me aparecian la luz que aportaban consigo me parecia más viva y fulgente; me heria, y llegaba como á serme molesta. Lo que en un principio no me sucedió me ocurria despues. Las miraba primero con indiferencia, y aun hubo momentos en que como con satisfaccion harta de mi heroicidad: despues y últimamente la repugnancia que su vista me causaba es indescriptible; el aborrecimiento llegó á posesionarse de mí y huia de ellas á cada otra vez que se me presentaban. Era el remordimiento que empezaba á renacer en mi conciencia: era el delito que me acusaba ya á mí mismo: yo era reo ante mí y ante la justicia. La turbacion invadió mi sér. ¡Qué horrible sufrir! Estaba abocado á la desesperacion, y una voz como de angel vino á herirme dejándome escuchar estas palabras: «Detente y no temas. El sufrimiento que en ti produce la presencia de aquellos en quienes alimentaste tu crueldad, es el indicio de tu salvacion. La luz que inunda tu sér cuando á ti vienen, es la que ha de dar vida á la que tienes en ti amortiguada y casi extinguida

por tus malas acciones: ella te guiará al camino de rehabilitacion. No temas; sufre, porque sufriendo alcanzarás un triunfo sobre tí que habrá de elevarte á mejorar de condicion.» Despues nada más oí. Me concentré entónces en mi mismo; pensé sobre mí, y llegué á tener miedo. Estaba anhelante por salir de las tinieblas. Clamaba al cielo porque volvieran á mi presencia aquellos séres heridos por mi aleve mano, esperando encontrar consuelo con su luz. Largo tiempo esperé para lo vehementes que eran mis deseos por salir de aquella oscuridad; péro llegó el momento, y entónces pude comprender que mis súplicas no habian sido desoidas.

Ya la aurora del dia de mi regeneracion empezaba á despuntar rompiendo los negros horizontes que me envolvian.

Ya á poco el dia apareciendo en su diafanidad desvelaba lo sombrío del firmamento permitiendo á mi vista errar por él ávida de encontrar consuelo y esperanza.

Ya la luz de aquellas mis victimas en todo el explendor de la magnificencia, avanzaba hácia mi, levantando mi abatido ánimo y haciéndome comprender cuanto habia pasado desde el instante de mi atentado contra ellas y mi propio atentado. ¡Cuanto sufrí entónces, he sufrido y sufro!

Un suspiro de amor fué lo primero que dejaron llegar hasta mí al aparecerseme por última vez aquellos mis queridos séres y hermanos. No habia en su presencia sinó amor y perdon; pero ella no podia ménos de recordar á mi memoria y en todos sus detalles el cuadro de mi perfidia. Mi conciencia estaba ya herida por el remordimiento. Yo me acusaba á mí mismo. Yo á mi mismo queria imponerme terible castigo. Yo en fin, hubiera entónces dado mi vida por salvar la interrumpida en aquellos semejantes cuya propia accion me precipitó á interrumpir la mia. ¡Cuán grande y agudo es mi dolor!

Ya desde entónces vengo viendo cada vez con mayor claridad mi falta contra el hermano, la falta contra mí al romper el hilo de de mi existencia, que era para mí propio bien; la falta á los designios de Dios, el atentado contra la justicia suprema. Yo desde ese momento vengo sufriendo, y mis sufrimientos parecen sin fin, porque cuanto más medito, más criminalidad encuentro en mis acciones y de mayores penas me creo merecedor. Yo sufro sobre esto mucho más, al ver que en el trascurso de tres encarnaciones no he podido realizar aquello que desde la primera hube de propo-

nerme. Pero en medio de toda mi afliccion, en medio de tan crueles dolores tengo momentos en los que no sé que aura bienhechora viene sobre mí á refrescar mis secas esperanzas y á reanimar mi decaido espíritu. Hay un no sé qué, que me consuela cuando más turbado se halla mi ánimo. Parece como la luz que me anunciaba mi salida de aquel antro tenebroso en que por tanto tiempo estuve sumido despues de mi suicidio. Tengo aunque vaga esperanza de hallar alivio á mis desventuras; pero mi espíritu no puede pensar masque en sus faltas y en los dolores que por ellas tiene que sufrir.

Ya ves si mi estado no reclama el consuelo que prestarle puede un alma sentida.

Por lo demás, poco debe interesarte quien fui, cuando mi nombre no puede revelarte nada que satisfaga á tu curiosidad.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

La siguiente bellísima poesía la tomamos de nuestro apreciable cólega *El Museo*, ilustrado semanario de Valladolid. El autor de ella acaso no conozca el Espiritismo; sin embargo, el pensamiento que desenvuelve entre el presentimiento y la duda es espiritista. Podráse decir que la fantasía, en álas de la que se deja inspirar el poeta, le conduce á forjar imágenes adecuadas solo á prorrumpir cantando aquello que ha podido soñar en su mente; pero, ¿podrá nunca la imaginacion romper los límites de lo natural, ni crear cosa alguna que ya no lo sea? Podrá, si, reproducir con mas ó menos precision, como la cámara oscura, cuanto á su alcance esté; pero crear no crea, ir mas allá de lo natural le es imposible á la inteligencia que investiga, porque se abrasaría en lo sobrenatural, que es Dios.

El vago recuerdo de haberse visto, conocido y amado dos séres en una anterior existencia, segun pinta el poeta para dar mas realce á la intensidad del amor de uno de ellos: la duda entre ser un sér después de la muerte y no haber sido antes de manifestarse como hombre; es precisamente lo que el Espiritismo ha venido á resolver por medio de la preexistencia del alma, esplicándose así la diferencia de aptitudes que entre nosotros observamos, de posiciones, etc.

Repetimos que el autor de la poesía á que venimos refiriéndonos, no sabemos que conozca el Espiritismo; pero aunque no lo conozca, como éste no es patrimonio esclusivo de nadie, ha venido á presentirlo en cierto modo y á darlo á conocer, como podrán ver nuestros lectores en su composicion:

LO MISTERIOSO.

—

Á TÍ.

La vez primera que miré, alma mia
tus rojos lábios y tus negros ojos,
no era la vez primera que veia
tus ojos negros, ni tus lábios rojos.

Y ántes, mucho ántes, que tu voz sonora
hiriera melancólica mi oido,
yo no sé cómo, lo recuerdo ahora,
me habia dulcemente estremecido.

Donde te vi, no sé; mas me parece
que mucho antes de verte te veía.
Tu recuerdo en mi sér se desvanece
como las sombras al nacer el dia.

Quizá mi pensamiento se formaba
una imágen de amor en su tormento
y al verte, el corazon en ti miraba
la imágen que formó mi pensamiento.

¿Cómo te conocía antes de verte
y ya sin conocerte te veía?
Y cómo ya mucho ántes de quererte
lo mismo que hoy te quiero, te quería?

Yo no sé cómo, ni de qué manera,
ni cuando, ni qué dia, ni qué instante,
te vi, te oí y te amé por vez primera,
y fuiste tu mi amada y yo tu amante;

Que hay en la vida abismos tan profundos
que parecen abismos de otro abismo;
quién sabe, quién, si acaso en otros mundos
te amaba tanto ya, como aquí mismo!

Quién sabe, quién, si acaso el alma mia,
de otra existencia en la envidiable calma,
—yo te idolatro—á tu alma la diria
y—te idolatro—me diria tu alma!

Quién sabe si mi amor constantemente
vivirá siempre en mí?... si habrá vivido?...
Muere el hombre al morir eternamente?...
Despues de sér, será?... y ántes no ha sido?

VICENTE COLORADO.

SEVILLA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE HIJOS DE FÉ
Calle de Tetuan núm. 35.